

**ACTES DEL X CONGRÉS INTERNACIONAL
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

**Edició a cura de
Rafael Alemany,
Josep Lluís Martos
i Josep Miquel Manzanaro**

Volum II

**INSTITUT INTERUNIVERSITARI DE FILOLOGIA VALENCIANA
«SYMPOSIA PHILOLOGICA», 11**

Alacant, 2005

Asociació Hispànica de Literatura Medieval. Congr s (10 . 2003. Alacant)
 Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hisp nica de Literatura Medieval /
 edició a cura de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos i Josep Miquel Manzanaro. -
 Alacant : Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005. - 3 v. (1636 pp.) ;
 23,5 x 17 cm. - (Symposia philologica ; 10, 11 i 12)
 Ponències en català, castell  i gallec
 ISBN: 84-608-0302-3 (84-608-0303-1, V. I; 84-608-0304-X, V. II; 84-608-0305-8, V. III)
 1. Literatura medieval - Història i crítica - Congresos. 2. Literatura espanyola - Anterior
 a 1500 - Historia y crítica - Congresos. I. Alemany, Rafael. II. Martos, Josep Lluís.
 III. Manzanaro, Josep Miquel. IV. Título. V. Serie.
 821.134.2.09"09/14"(063)

Director de la col·lecció: Josep Martines

  Els autors

  D'aquesta edició: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana

Primera edició: maig de 2005

Portada: Llorenç Piz 

Il·lustració de la coberta: Taulell amb escena de torneig (1340-1360),
 Museu Municipal de l'Almod , X tiva
 Imprimeix: T BULA Diseño y Artes Gráficas

ISBN (Volum II): 84-608-0304-X

ISBN (Obra Completa): 84-608-0302-3

Dipòsit legal: A-519-2005

La publicació d'aquestes *Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hisp nica de Literatura Medieval* ha comptat amb el finançament de l'Acció Especial BFF2002-11132-E del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Cap part d'aquesta publicació no pot ser reprodu ida, emmagatzemada o transmesa de cap manera ni per cap mitjà, ja siga electrònic, químic, mecànic, òptic, de gravació o de fotocòpia, sense el perm s previ de l'editor.

HONORIO Y BEDA EN EL *LIBRO DE ALEXANDRE*: LA LECCIÓN DE ASTRONOMÍA

La conexión entre el *Libro de Alexandre* y el complejo proceso histórico que se ha venido en denominar ‘Renacimiento del siglo XII’ es evidente, desde luego, puesto que la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon constituye su fuente literaria principal. No nos bastan, sin embargo, los trazos gruesos. Podemos destacar la singularidad de nuestro anónimo con respecto al fondo multiforme del siglo XII ahondando en algunas de sus peculiaridades. Para ello nada más apropiado que comprobar la distancia con sus fuentes conocidas, y especialmente con respecto a la misma *Alexandreis*. Un procedimiento que se ha intentado en los últimos años a propósito de sus conocimientos en medicina o filosofía natural.¹ En la comunicación que desarrollaré a continuación me gustaría ensayar un camino complementario, y, creo, pocas veces o nunca antes acometido, consistente en aquilatar los conocimientos de astronomía que tenía nuestro anónimo.² Y no tanto para inquirir lo que sabía —que también, pero ahora secundariamente—, sino para ver qué línea lo define en el horizonte de su tiempo, qué elementos singulares podemos destacar del conjunto de su astronomía que nos permitan perfilar su pensamiento o su formación. Desde mi punto de vista, una rápida hojeada a su exposición astronómica nos depara un resultado más que sorprendente. Es útil, además, porque la lección de astronomía nos la encontramos también en los hexámetros de Gautier de Châtillon, si bien el autor de la *Alexandreis* repasa el tema con unos perfiles subrayadamente retóricos, en una serie de referencias mitológicas que no le interesan al anónimo romance.

El eclipse de la luna es uno de los capítulos más famosos del *Libro de Alexandre*, y era capítulo obligado de las historias sobre el rey macedonio desde las mismas fuentes de la leyenda; ocupa en nuestro anónimo aproximadamente las estrofas

1. Cf. J. García López, «Aprís toda la física, só mege natural: observaciones sobre la ciencia medieval en el *Libro de Alexandre*», *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, A Coruña, Universidade de Coruña, 2004 (en prensa)

2. Tengo en cuenta A. Arizaleta, «Semejan argentadas. La razón de los astros en el *Libro de Alexandre*», *Troianoalexandrina*, 1 (2001), pp. 33-52.

1210-1231.³ Todo este pasaje está tomado directamente del libro tercero de la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon y, en concreto, aproximadamente de los versos 504-525.⁴ Lo primero que nos llama la atención de la comparación de ambos textos es ese tono ya referido, predominantemente poético y mitológico de la *Alexandreis*, frente a la cual nos topamos con un tono expositivo en el *Libro de Alexandre*, que avanza por *distinciones*, sumando hasta cuatro causas diferentes por las cuales se puede explicar el eclipse de la luna, cuatro causas que en el fondo se complementan entre sí y que responden a la presuposición tradicional de la luminosidad de los astros originada en el sol. Así pues, ya de entrada, estamos ante dos mentalidades bien diferentes: la inquietud retórica de la fuente no es desplazada, puesto que está en las *sílabas cuntadas*, pero sí que es enriquecida con savia nueva, que no procede de la más estricta antigüedad y ni siquiera del acervo del *trivium*. Gautier de Châtillon comienza su exposición hablándonos del orden necesario del cosmos («quo nisi consulto michil est quod sydera possint»), para luego recoger una simple explicación del eclipse de luna a partir de datos sencillos que nos encontramos con facilidad en la tradición astronómica y en casi todos los manuales de filosofía natural del siglo XII. De hecho, Gautier de Châtillon nos da dos explicaciones complementarias. Por una parte, observa que cuando pasa por debajo de la tierra, la luna «esconde su rostro y desaparece de las miradas de los hombres» («Cum terram subitura suos abscondere vultus / fertur et humano parat evanescere visu», 516-517). Por otra parte, nos dice que la luz de la luna se apaga por su cercanía al sol, ya que «Diana es oprimida por el esplendor de su hermano» («cum fraterno permitur splendore Diana», 519), ya que es el sol, en la tradición astronómica, el que da su luz no solo a la luna, sino incluso a las estrellas. La exposición adopta una forma sencilla y muy breve, aplicándose a las necesidades de su argumento con numerosas referencias mitológicas (Diana, el Sombrero, es decir, Mercurio, etc.). Si de ahí pasamos a las estrofas del *Alexandre*, podemos ver que, en esencia, desarrolla la misma explicación que Gautier de Châtillon, pero evitando parcialmente el tratamiento literario del tema y centrándose desde el principio en una *amplificatio* de carácter naturalista, recogiendo un espíritu que en esencia ya descolla en Gautier, pero sumando una serie de cuestiones que no se encuentran en el texto latino y que apuntan a una visión científica del problema. El anónimo alejandrino aprovechará para hablarnos de las magnitudes de los astros, de las varias razones de su luminosidad y sus diferentes movimientos, así como para sumar a la explicación del eclipse de luna un análisis suplementario del eclipse de sol. De esta forma, la mención mínima y literaria de la *Alexandreis* que nos cuenta en apenas quince versos el eclipse de la luna, se convierte en manos del anónimo romance en una astronomía bastante completa, pero resumida en veinte estrofas y alrededor de cien versos, donde, como era de esperar, tenemos compendiados los dogmas tradicionales de la astrología antigua y altomedieval. Ello nos permite calibrar su frecuentación de ciertas tradiciones astronómicas.

3. Todas las citas proceden de J. Cañas, ed., Anónimo, *Libro de Alexandre*, Cátedra, Madrid, 1988.

4. Las referencias proceden de M. L. Colker, ed., Galteri de Castellione, *Alexandreis*, in aedibus Antenoris, Patavii, MCMLXXVIII, pp. 88-89.

El *Libro de Alexandre* convierte los versos 504-515 de la *Alexandreis* en las estrofas 1211-1213. El tono grandilocuente de Gautier se convierte en una explicación sencilla y pedagógica («Saben lo los pastores que en el monte biven / los actores encara así lo escriben») cuya base fundamental consiste en el *fata regunt stellas*, afirmación con la que comienza también la exposición de Gautier, pero que abre paso a una explicación de perfil más naturalista, puesto que, como nos dice en la estrofa 1212, «sol, luna nin estrellas non exen de sendero / en el que fueron puesto en el tiempo primero; / nin alçan nin abaxan un sol punto señero, / nin cambian su natura por valor de un dinero». A partir de aquí, el texto romance no volverá a entroncar con el texto de Gautier hasta la estrofa 1217, en la que compara la luminosidad de los astros con la luz de la candela haciendo de la explicación astrológica, una imagen pedagógica. Comparación que también encontramos en Gautier de Châtillon («Qualiter accensae iubar igniculumque lucernae / invida maioris obscurat flamma camini», 520-521 [*«tal como la llama, celosa, de un horno mayor, oscurece la llama y el pequeño fuego de un candil encendido»*])). Entre el comienzo de la exposición astronómica y esta estrofa 1217 tenemos tres estrofas que describen la relación entre la luminosidad y el tamaño de los astros, partiendo del dogma de que solo el sol tiene una luminosidad propia y que ilumina incluso a las mismas estrellas fijas («Pero de todas ellas el sol es la mayor, / d'allí prenden las otras la lumne e resplandor»). Esta exposición astronómica es por completo ajena al texto de Gautier, y, en gran medida se puede pensar que nuestro anónimo está aquí reproduciendo parte de la astronomía isidoriana, puesto que Isidoro de Sevilla ya había explicado en la exposición astronómica del libro tercero de sus *Etimologías* que algunos afirman ('dicuntur') que «stellae non habere propium lumen, sed a sole inluminari [... dicuntur], sicut et luna» (*Etimologías*, III, 61). Después de esta explicación, que podemos denominar general, la aplica a la luna en las coplas 1218-1220, según la cual la luminosidad de la luna depende de su distancia al sol (1219, ab, «Está çerca del sol pierde la valentía, / los onbres que la veen dizen que es vazía», y 1220ab, «Vasle, desque es llena, el sol más acostando, / vale con la gran fuerça la lumbrre embargando»). En esencia consiste en la misma explicación isidoriana generalizada más los ciclos de las diferentes fases del satélite de la tierra. Hablando estrictamente, esta parte de la exposición no se encuentra en la enciclopedia isidoriana, y depende, probablemente, de algún texto del siglo XII, como, por poner un ejemplo, el *Dragmaticon philosophiae* de Guillermo de Conches, que con lujo de detalles explica las diferentes fases de la luna por su cercanía al sol, dando el nombre que tiene cada una de sus diferentes fases, como también lo hace, con menos detalle, pero notable claridad, el capítulo II, 69 del *De imagine mundi* de Honorio de Autun. No digo con ello que alguno de estos textos sea la fuente concreta del *Libro de Alexandre*, y quizá podríamos arrimar ahí ejemplos clásicos, sino, simplemente que, echando una hojeada a las sumas de filosofía natural del siglo XII, se encuentra explicado con facilidad el tema de la luminosidad de la luna en sus diferentes fases, un problema que no se aclara explícitamente en el texto isidoriano. En todo caso, no utilizo ahora exposiciones astronómicas como la de Plinio, Beda o Macrobio, ni tampoco alguna de esas obras ya citadas de filosofía

natural del siglo XII, porque no me parece que ninguna contenga en este lugar concreto un elemento suficientemente singular para proponerlo como fuente directa de las estrofas alejandrinas.

Nótese que hasta aquí, estrictamente hablando, ni siquiera hemos comenzado con la explicación de los eclipses. Al problema concreto del eclipse de luna dedicará el anónimo romance la estrofa 1224, donde explica la interposición de la tierra en el camino de la luz solar («Entre'l sol e la tierra faze la su andada, / caen en un derecho amos a la vegada, / la claridad del sol es estonz replegada, / e essa defecçión eclipsis es llamada», 1224), y más adelante volverá a insistir en lo mismo para exponer el eclipse de luna («quando cae el sol e va so la ribera, / la sombra de la tierra es entremedianera, / ond' a poco de rato la tiene sin lumbrera», 1228c), tal como, en efecto, se razonaba ya en la antigüedad y el anónimo romance pudo encontrar en el libro tercero de las *Etimologías*, III, 59, 1, de san Isidoro, para quien el fenómeno se origina «quotiens in umbra terrae luna incurrit», puesto que «non enim suum lumen habere, sed a sole inluminari putatur», por tanto «unde et defectum patiatur si inter ipsam et solem umbra terrae interveniat».⁵ Así pues, debemos considerar que, por lo que parece, nuestro anónimo había frecuentado entre sus 'autores' las *Etimologías* de san Isidoro, lo que no sería nada extraño, puesto que lo mismo hace en otras partes de la narración, como en el caso del lapidario y en los mapamundis. Más adelante, en las estrofas siguientes, de la 1225 a la 1227, el anónimo acaba de redondear su explicación, generalizando su valor tanto para la luna como para el sol, lo que nos dice mucho de su mentalidad, digamos 'racionalista'. Puede decirse que la explicación complementaria de la estrofa 1228 repite, hasta cierto punto, las razones que ya ha aducido, añadiendo una dosis notable de pedagogía («quando cae el sol e va so la ribera, / la sombra de la tierra es entremedianera, / ond un poco de rato la tiene sin lumnera»). Acabada su exposición astronómica, en la estrofa 1229 el texto romance vuelve a retomar a Gautier (libro III, versos 522-524) para explicar qué significa políticamente el eclipse de luna. Y ahí observamos que entonces, como ahora, la ciencia está al servicio de Alejandro Magno («Grecorum dicere solem, / Persarum lunam» [«el sol es de los griegos [...] / la luna de los bárbaros que en orient son»]). En resumen, de unos pocos versos llenos de referencias literarias que condensan en muy breves expresiones una astronomía de referencia tradicional, hemos pasado, en el Libro de *Alexandre*, a una acumulación de cerca de un centenar de versos que despliega una explicación astronómica desde variados puntos de vista, desarrollando explicaciones complementarias, muy lejos de conformarse con el ejemplo de la luz de la candela que le proporciona Gautier de Châtillon. Y a lo largo de nuestro recorrido hemos tomado a san Isidoro como punto de referencia, pero claro está que estos datos no dejan de ser, hasta cierto punto, lección vulgata en casi toda la astronomía medieval, y lo era en las compilaciones del siglo XII, donde se explican los eclipses mediante un jugueteo geométrico que relaciona la posición y la

5. M. C. Díaz y Díaz, ed., S. Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2000, vol. I, pp. 468-470.

luminosidad entre los diferentes astros, tal como, por ejemplo, puede verse en el capítulo II, 31 del *De imagine mundi* de Honorio de Autun o en el *Dragmaticon philosophiae* (IV, 15) del de Conches. De ahí que lo más importante para nosotros, que estamos interesados en comprobar fuentes directas con suficiente claridad, y que incorporen elementos suficientemente singularizados, lo que realmente define algunas de esas exposiciones consiste en el tamaño que se le concede a cada astro, y en detalles muy concretos de las diferentes tradiciones astronómicas que se reproducen en las sumas de filosofía natural del siglo XII. Por ello, para definir mejor la posición exacta de nuestro anónimo y observar su relación con alguna de esas tradiciones astronómicas, será bueno fijarnos por un momento en algunas de las estrofas que hemos silenciado momentáneamente en nuestra exposición anterior. En esta exposición hay un elemento que llama la atención y desmonta con facilidad el esquema que hasta aquí he dado por supuesto, basado en la parcial dependencia isidoriana. Si leemos la estrofa 1222, nos encontramos con un dato ajeno a las *Etimologías* de san Isidoro, y es la afirmación, un tanto sorprendente para nosotros, de que la tierra es más pequeña que la luna («Es mayor que la tierra la luna verament», 1222a). De ahí su luminosidad durante las noches y que parezca de igual magnitud desde todas las partes de la tierra («ond' en todas las tierras parece igualment», 1222b, y, más adelante, «non les puede la tierra nul embargo fazer», 1223d). San Isidoro, por el contrario, había afirmado sin género de duda, tal como, en efecto, nos certifican las *Etimologías*, libro III, 48, que «sol fortior es terrae, ita terra fortior [est] lunae per aliquam quantitatem».⁶

Tan sorprendente afirmación del *Libro de Alexandre* debió serlo quizá también para los autores del siglo XII, puesto que, hasta lo que se me alcanza, es afirmación ajena a astronomías de la época, donde la tierra, por lo general, supera en magnitud a su satélite (*Dragmaticon philosophiae*, IV, 14, 1: «Luna igitur omnium planetarum est infima»⁷). Sin embargo, no debió ser una noticia del todo desconocida, puesto que no se encuentra solamente en el *Libro de Alexandre*, sino también en algunas de las enciclopedias romances de la época. Para mi sorpresa, espigo el dato en la *Semejança del mundo*, obrita de autor incógnito que se nos presenta como producto isidoriano y que hace convivir en su prosa retazos de las *Etimologías* con extractos del *De imagine mundi* de Honorio de Autun. El anónimo autor de la *Semejança del mundo*, en el número 372 del texto B, el capítulo dedicado a la naturaleza mixta de la luna, mezcla de fuego y agua («De la natura que ha la luna de agua»), afirma que «según que dizen los filósophos, e es cosa verdadera, la luna mucho mayor es que la tierra, maguer que semeje al omne que poco mayor es que una escudilla».⁸ Sabemos desde hace mucho tiempo que la *Semejança del mundo* constituye una paráfrasis de la obra de Honorio de Autun *De imagine*

6. Un resumen de sus fuentes en J. Fontaine, *Isidoro de Seville et la cultura classique dans l'Espagne wisigothique*, Études Agustiniennes, Paris, 1983, 10ª ed., pp. 496-500; M. C. Díaz y Díaz, ed., S. Isidoro, *Etimologías*, ed. cit., vol. I, pp. 464-465.

7. I. Ronca, ed., Guillelmi de Conchis, *Dragmaticon philosophiae*, Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti, 1997, IV, 15, sobre el eclipse de luna y su relación con las fases de la luna.

8. W. E. Bull y H. F. Williams, eds., *Semeiança del mundo. A medieval Description of the World*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1959, p. 129.

mundi. Tal como nos declaran sus editores, el número o capítulo 372, de la rama B, constituye un romanceamiento del capítulo 69 del libro primero del *De imagine mundi* de Honorio de Autun.⁹ Un capítulo dedicado por entero a la naturaleza de la luna, el origen de su luminosidad, sus movimientos, de qué elementos está compuesta y su influjo sobre la tierra. Una astronomía que sigue en más de un retazo la exposición de Beda.¹⁰ Ahí se nos dice que la luna es el primero de los planetas y la menor de las estrellas («primus planetarum, et minima stellarum»), y que está compuesta de fuego y agua («natura igneum, sed aqua permistum»). Esa naturaleza mixta explicaría algunas de las alteraciones, como pequeñas nubes que se observan en su superficie («quod autem quasi nubecula in ea videtur, ex aquae natura creditur»), y además, no posee luz propia, sino que la refleja del sol como si fuera un espejo («propium lumen no habet [...] in modum speculi a sole illuminatur»). En caso contrario, si tuviera luz propia como el sol, iluminaría la tierra igual que él («si aque permista non esset, terram ut sol illustraret»). Elementos que le llevan a suponer que el globo de la luna sea más grande que el de la tierra: «globos namque eius multo terra est amplior». Así pues, en principio, debemos pensar que el curioso dato del *Libro de Alexandre* que enuncia el comienzo de la estrofa 1222 se lo debe el anónimo romance en último análisis, a la enciclopedia de Honorio de Autun, y que, además, ese dato no era conocido solo por el autor del *Libro de Alexandre*, sino que convivía con otras recopilaciones romances de fecha cercana que se dedicaban a trasladar enciclopedias latinas para uso de círculos determinados, donde el saber era apreciado y existía cierta demanda de tales enciclopedias, tal como nos informa el exordio de la *Semejança del mundo*.¹¹

Como probablemente se recordará, Honorio de Autun, Honorio Augustodunensis u Honorius *insolitus*, constituye un personaje un tanto enigmático —*solitarius, scholasticus, presbyter*—¹² cuya obra se suele fechar en la primera mitad del siglo XII, entre los años 1125 y 1150. Fue autor de tratados eclesiásticos y de varias enciclopedias o tratados de filosofía natural. Alguno de ellos, como el *De philosophia mundi*, ha constituido, durante mucho tiempo, parte del corpus de sus obras, si bien la investigación más reciente se inclina por considerarla obra de Guillermo de Conches, dato muy significativo, ciertamente.¹³ Pero, sea como fuere, es evidente que Honorio de Autun no constituye una de las voces más creativas del

9. El *De imagine mundi libri tres* puede verse en *Patrologia Latina*, CLXXII, cc. 115-188, y el cap. LXIX (LVII por error) en c. 138.

10. J. de Ghellinck, S. J., *L'essor de la littérature latine au XIIe siècle*, Desclée de Brouwer, Bruselas-Brujas, 1954, pp. 116.

11. F. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana. I. La creación del discurso prosístico: el entramado corteano*, Cátedra, Madrid, 1998, pp. 150-156.

12. Un muestreo de sus obras, si bien muy somero y con poca atención a sus obras de filosofía natural, en J. de Ghellinck, S.J., ob. cit., esp. pp. 113-118.

13. *Patrologia Latina*, CLXXII, cc. 39-102, *De philosophia mundi libri quatuor*, en los caps. XXIX-XXXI explica los eclipses a partir de las sombras proyectadas por los astros, de forma, en efecto, muy parecida a la que se utiliza en el *Dragmaticon philosophiae* («Ergo quia solare corpus maius est terra, umbra illius conoides est», c. 74), y que recuerda *Naturalis historia* (II, 51-52); también lo distingue del Honorius del *De imagine mundi* su fluida familiaridad con Macrobio («Sed figura umbral calathoides esse non potest, quia sol, ut probat Macrobius, maior est terra», c. 74).

siglo XII. No está a la altura, como recuerda Étienne Gilson, de un Guillermo de Saint Thierry o de un Bernardo de Chartres.¹⁴ Quizá por todo ello, por su talante enciclopedista, constituye para nosotros un autor mucho más interesante, puesto que proporciona el nivel medio del siglo XII. Autor y obra que interesan quizá poco a la historia del pensamiento especulativo, pero sí, y mucho, a la historia de la cultura. Para cuanto llevamos dicho, en el mismo *De imagine mundi*, en su libro segundo, capítulo 31 («De eclypsi. Quomodo fiat»), nos expone la naturaleza de los eclipses en una forma que no tiene nada que envidiar a la de las *Etimologías* de san Isidoro, utilizando un vocabulario que era ya el propio de la astronomía («Cum luna umbra noctis incidit, a luce deficit, et hic defectos eclypsis dicitur») y que explicaría con facilidad ciertos giros del *Libro de Alexandre* («esta defensión eclipsis es llamada»).

Pero el dato que nos proporciona Honorius nos permite, ante todo, orillar la filiación isidoriana de nuestro texto, ligarlo a las enciclopedias latinas del siglo XII. Otra historia es que nos ponga en una pista sin trampas; Honorio no resuelve todos nuestros problemas. Ese dato concreto puede sorprenderse también en una obra a la que, desde hace tiempo, sabemos que Honorio debe mucho: la famosa recopilación de filosofía natural de Beda el Venerable. El *De natura rerum* es quizá una de las muestras más importantes de filosofía natural del mundo altomedieval, cuyo conocimiento de Plinio le permite, en general, superar la calidad de san Isidoro, ante quien mantiene una posición a veces muy crítica.¹⁵ Pues bien, la recopilación de Beda dedica su capítulo XIX («De cursu et magnitudine solis»¹⁶) al problema de la magnitud real del sol y de la luna. Ahí se nos dice que el sol es mayor que la luna («multoque hunc luna amplioem»), pero que, en todo caso, la luna es mayor que la tierra («lunam vero terra esse maiorem»). Poco después, en el capítulo XXIII, donde se detiene a explicar los eclipses, utiliza también el tamaño de la luna para explicar el eclipse de sol recordando al pie de la letra la *Naturalis historia* («Non posse autem totum solem adimi terris intercedente luna, si terra maior esset quam luna»). Algunas de las glosas y escolios que nos proporciona la edición Migne y las que podemos espigar en ediciones posteriores, infinitamente más rigurosas, apuntan a que los escolios de Beda ya reprenden su autoridad. Así sucede con una de las glosas al capítulo XXIII sobre la afirmación, tomada literalmente de Plinio, de que el eclipse no se explica *si terra maior esset quam luna*. Nos dice el escoliasta que ya Martianus Capella ha denunciado el lugar («Martianus luna terram esse maiorem certissimis approbat argumentis»), dándonos en síntesis el texto del *De nuptiis*, donde se desarrolla con gran elegancia el cálculo de Eratóstenes, y concluyendo que la tierra es seis veces más grande que la luna («Terra igitur sexies maior est ipsa luna. Umbral autem lunae terram decies octies superare manifestum est. Hinc est, quod umbra lunae decima octava pars sit totius terrae, ipsa vero luna sexta terrae pars est»). Pero Beda sostuvo la misma doctrina en el capítulo XXVI («De magnitudine vel defecto solis et lunae») del *De temporum ratione*, en lugares donde

14. E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid, 1985, pp. 297-306.

15. El *De natura rerum*, en *Patrologia Latina*, XC, cc. 187-278; M. C. Díaz y Díaz, ed. cit., vol. I, p. 206.

16. *Patrologia Latina*, XC, c. 234.

el texto del doctor *Venerabilis* también es reconducido por la glosa («hic ostendit quia aequales sunt terra et luna»¹⁷). Tenemos ahí ya, pues, las dos tradiciones más importantes en lo que concierne a ese lugar tan singular del *Alexandre*. La afirmación de que la luna sea más grande que la tierra proviene, en efecto, de Plinio, que en su *Naturalis historia*, II, 49 ya había afirmado el hecho a propósito de los eclipses («Non posset quippe total sol adimi terris intercedente luna, si terra maior esset quam luna»¹⁸) y la vastedad del sol («vastitas solis»). Pero ese dato, sin embargo, aunque no en polémica con Plinio, sino refiriéndose a las mediciones de Eratóstenes, había tratado Martianus Capella con gran rigor para la época en los capítulos astronómicos del *De nuptiis*, VIII, 859 («ergo collectum est Lunam sexies minorem orbe terrae praedictis rationibus inveniri»¹⁹). En cualquier caso, otra fuente interesante al respecto, el comentario de Macrobio *In somnium Scipionis* no acaba de definirse con claridad, afirmando en varios lugares que cualquier estrella es más grande que la tierra, basándose para sus cálculos de la magnitud de los astros no en su sombra, sino en la altura de cada círculo y su posición en él.²⁰

Otro dato singular podemos espigar en el *Alexandre*, pero menos definitorio. Se trata del tamaño del sol que, según el autor, es siete veces mayor que la tierra («el sol es siet' atanto, esto sin falliment»), lectura que contradice levemente la unanimidad de la tradición en situar la magnitud del sol ocho veces por encima de la terrestre ateniéndose a Macrobio («ergo ex his dicendum est solem octies terra esse maiorem», *Commentarii in Somnium Scipionis*, I, 20, 32), solución que se recuerda en los manuales del siglo XII («magnitudine octies terra vincens», *De imagine mundi*, I, 72),²¹ podemos leer en el texto del *Dragmaticon philosophiae*, IV, 13, 6, de Guillermo de Conches («Quem esse maiorem terra argumento necesario probabimus; sed an sit octies mayor terra, ut dixerum quidam») y se refleja en un texto romance como la *Semejança del mundo*, B, 380 («según dizen los filósophos el sol es ocho tanto más grande que toda la tierra») e incluso puede rastrearse en los *libri de computo*. En este pasaje coinciden los dos manuscritos básicos del *Alexandre* por lo que no podemos aducir error de copia en una de las lecciones.²² Sin embargo, podría tratarse de una deturpación comprensible si en el arquetipo de ambos estaba expresada la cantidad en romanos y en un paso intermedio se dio un error paleográfico fácilmente imaginable (pasando de 'viii' a 'vii'); en efecto, no sorprende tanto la diferencia con la astronomía latina, sino la proximidad del error con la magnitud que con unanimidad manejan los principales autores. Pero, en

17. Beda *Venerabilis*, *Opera. Pars vi. Opera Didascalica*, 2, Typographi Brepols Ed. Pont., Turnholti, MCLXXVII, pp. 362-363.

18. Pline l'Ancien, *Histoire naturelle*, Les Belles Lettres, París, 1950, II, p. 22 (II, 49).

19. J. Willis, ed., Martianus Capella, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, Teubner, Leipzig, 1983, pp. 324-326 (VIII, 858-860).

20. Ambrosii Theodosii Macrobiani, *Commentarii in somnium Scipionis*, Teubner, Stuttgart, MCMXCIV, p. 64 (en general, I, 16, y también I, 16, 11-13).

21. *Patrología Latina*, CLXXII, c. 139.

22. El texto del manuscrito *P* nos da la cifra en letras («el sol es siete atanto esto sin fallimente») y el manuscrito *O* en cifras árabes («el sol es vii tanto esto sin fallimente»); cf. R. S. Willis, *El libro de Alexandre. Texts of the Paris and the Madrid Manuscripts*, Kraus Reprint, New York, 1965, pp. 218-219.

síntesis, esto significa que el tamaño de la luna parece ser el dato principal que singulariza el *Alexandre* dentro de las tradiciones astronómicas altomedievales. Recorre la línea que va de Plinio a Honorio de Autun, pasando por Beda e ignorando al tiempo el *De nuptiis* tanto como la astronomía de Macrobio. Podemos imaginarnos lo que significaba para la mentalidad medieval la contraposición de estos textos, y eso es lo que percibimos en los escoliastas de Beda. El texto del *De nuptiis* se mueve en una evidente superioridad con respecto al de Plinio, evocando, en una acertada y elegante explicación, el cálculo de Eratóstenes. Esa precisión nos habla de hasta qué punto Honorio es vulgarizador de una astronomía que iba a quedar arrinconada a lo largo del siglo XII, por no hablar de la astronomía árabe que podemos documentar en Guillermo de Conches.

Las posibilidades de relacionar los textos de la tradición astronómica latina y la obra romance parecen multiplicarse. Creo, sin embargo, que no superan un planteamiento ternario. El autor del *Alexandre* podría conocer a Beda o a Honorio de Autun, y casi imposible me parece suponer que podría haber extraído el dato de la *Semejança del mundo*, un texto muy inferior que se limita a superponer Honorio a las *Etimologías*, por decir que no se sabe al día de hoy que haya utilizado a Plinio,²³ y probablemente tampoco el *De nuptiis*, y ni siquiera a Macrobio, elemento de modernidad en la astronomía del siglo XII, como nos muestra una hojeada al *Drummaticon philosophiae*. Decidirnos entre Beda u Honorio de Autun es difícil, aunque algunos datos quizá nos ayuden a inclinar ligeramente la balanza en favor de Honorio de Autun, y, en todo caso, sí asegurarnos que la cosa era de actualidad durante el siglo XII en las páginas de éste. Por otra parte, la mera hojeada a la ristra de observaciones anteriores parece asegurarnos que el autor del *Alexandre* no debía conocer los comentaristas de Beda o la interpretación de su obra a la luz del *De nuptiis*; sin embargo, claro está que podía haber leído a Beda en un códice sin las conminatorias glosas que acabamos de ver. En todo caso, lo que sí sabemos es que Honorio de Autun insistió sobre el asunto y que volvió a tratar el tema del tamaño de la luna y su relación con los eclipses, pero no en el capítulo xxxi («De eclipsi. Quomodo fiat»), como tampoco en el lIX («De luna») del libro segundo del *De imagine mundi*.

Entre las obras atribuidas a Honorio de Autun topamos un escrito de astronomía claramente alejado de la mera exposición doctrinal. El *Liber de solis affectibus* constituye una obra en las que se discuten algunos de los problemas tradicionales de la astronomía solar y cuya doctrina se encadena de maravilla con la del *De imagine mundi*.²⁴ Su título, de inspiración galénica, ya nos dice mucho sobre la posición de su autor y sobre ese peculiar entrelazamiento entre medicina y filosofía natural que delata en su trasfondo la metáfora microcósmica y que también encontramos en el *Libro de Alexandre*. El opúsculo consiste en una discusión bastante abierta sobre varios problemas astronómicos tomando el sol como punto

23. I. Michael, *The Treatment of classical Material in the 'Libro de Alexandre'*, Manchester University Press, Manchester, 1970, pp. 287-293 y C. Bañeza, *Las fuentes bíblicas, patrísticas y judaicas del 'Libro de Alexandre'*, Imp. Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria, 1994.

24. El *Liber de solis affectibus*, en *Patrologia Latina*, CLXXII, cc. 101-116.

de desarrollo (magnitud, luminosidad, posición, etc.), lo que le permite exponer una completa astronomía (el zodiaco, la luna, las diferentes posiciones y movimiento de los astros, las estaciones, y un largo etc.). Por ejemplo, en su capítulo v («De terra et magnitudine solis») recuerda el tamaño de la tierra en el texto de Macrobio («ideoque cum dicit Macrobius quod terra sit punctum ad circulum solis, sol autem octies maior terra»²⁵). Por otra parte, el tono del opúsculo, al contrario que el *De imagine mundi*, quiere abrirse a la discusión y, sobre todo, al cuestionamiento de la visión tradicional de determinados fenómenos con espíritu dialéctico («Sed opponitur», «Ad hoc respondemos», «Videtur mihi», etc.). Aquí nos interesa en especial el capítulo ix («Quomodo fiat eclipsis»²⁶). Comienza desarrollando la visión tradicional de los eclipses que ya hemos visto comentada en san Isidoro («cum [luna] fuerte in centro solis, ita quando sit in centro terrae [...] sua oppositione facit tenebras mundi»). Sin embargo, el autor no cree que esta explicación sea válida («Aliter autem mihi videtur [...] non credo posse») a tenor de las posiciones del sol con respecto al plano de la eclíptica y al zodiaco. No entramos ahora en detalles técnicos de astronomía, puesto que lo importante de este capítulo del *De solis affectibus* con respecto al *Libro de Alexandre* consiste en diferenciar los eclipses del sol y de la luna mediante diferente conjunción astronómica. Y precisamente una de las claves que utiliza para su explicación consiste en suponer que la amplitud de la luna es superior a la de la tierra («Est autem major luna, quam terra»), lo que aclara, según el opúsculo, y siguiendo de nuevo el camino de Beda, que la luna cubra toda la tierra en determinadas posiciones. Pero la cosa no queda aquí. Se preocupa por responder a los problemas que se derivan de tan singular visión del tamaño de la luna e intenta resolver las cuestiones que le salen al paso al suponer, como ya había hecho Beda, diferentes distancias en diferentes momentos («Quia magna res [...] prope aufert alicui totum visum, sed remota minus»). A lo que creo se trata de una solución singular en el siglo XII; pocas huellas quedan de una idea que parece arrinconada en los autores más solventes de la época. No queda rastro de esta opinión en otros manuales de filosofía natural que tratan ampliamente el problema de los eclipses, y que, además, se hallan en la misma línea ideológica, hasta el punto de confundirse con ella en la tradición posterior; tal es el caso apuntado del *Dragmaticon philosophiae* de Guillermo de Conches. Y Honorio sabía de la singularidad de su explicación de los eclipses, puesto que él mismo lo declara al concluir el capítulo ix («et hanc secundum nostram rationem, non secundum publicam»).

Claro está que nos complace encontrar elementos de la astronomía alejandrina en enciclopedias latinas del siglo XII, porque redundaría en la formación de nuestro anónimo. Es difícil inclinarse por una solución u otra —Honorio, Beda. La proximidad temporal e ideológica al *Alexandre* nos permite acariciar la posibilidad de una lectura de Honorio de Autun; asimismo, su insistencia sobre el asunto, mientras que las muy aisladas referencias a la astronomía de Macrobio en el *Liber*

25. *Patrologia Latina*, CLXXII, c. 103.

26. *Patrologia Latina*, CLXXII, c. 104.

de solis affectibus parecen condicionarla. No es, claro está, un problema que vayamos a resolver aquí. Así, por ejemplo, mientras que los datos aportados nos inclinan hacia Honorio de Autun, la geografía del anónimo, de carácter isidoriano, se conjuga mejor —en un análisis de urgencia— con la expuesta en el *De natura rerum* de Beda al final de su obra, procedente de Isidoro («cap. LI. Divisio terrae»), aunque no con la que expone en su inicio, retomada de Plinio («VIII. De quinque circulis mundi»); un problema, por tanto, que debemos considerar con detenimiento en el marco de una apreciación completa y detenida de sus conocimientos. Y aún podríamos sumar otro elemento: que la ideología naturalística de base carnotense que parece animar el *Libro de Alexandre* le haya empujado hacia el *De natura rerum*; una cosa son los datos, otra el planteamiento global y su uso, y bien podía mirar el *De natura rerum* con la mentalidad naturalística de algunas escuelas del siglo XII. En fin, en su afán por mostrarnos conocimientos, no descartemos tampoco la yuxtaposición de elementos procedentes de la tradición de Plinio con acotaciones isidorianas, lo que nos conduce, al cabo, a hacernos una idea de las posibilidades y límites de nuestro anónimo.

En todo caso, ahora nos interesa resaltar la distancia cualitativa entre el *Alexandre* y obras como la *Semejança del mundo* que aquí hemos utilizado como punto de comparación. La *Semejança* es un producto interesante por sí mismo, sin duda, que amalgama elementos de naturaleza varia, enriqueciendo su conocimiento de las *Etimologías* con el *De imagine mundi*; una cierta 'puesta al día', pero que no va más allá de una más o menos lineal consideración de los textos. Mucho de ese planteamiento y de los datos enmarcados —las maravillas de oriente, los lapidarios, por ejemplo— recuerdan de nuevo el anónimo alejandrino. Y, sin embargo, es necesario remarcar hasta qué punto el autor del *Alexandre* era capaz de un planteamiento más complejo. Estaba siguiendo un autor, en el caso de Honorio de Autun, cuyas obras, como ya he dicho al comienzo, se confunden en ocasiones con las de Guillermo de Conches, lo que es, desde luego, bastante curioso; o bien simplemente utilizaba una enciclopedia como la de Beda, de astronomía más completa que la isidoriana. En el primer caso, se aproxima a la *Semejança del mundo*, aunque no se contenta con el *De imagine mundi*, y, además, en el contexto de una matizada visión de la ciencia del siglo XII. Honorio de Autun —junto a Guillermo de Conches— constituye uno de los autores de la centuria más distanciados de interpretaciones simbólicas en sus obras de filosofía natural, y también uno de los principales exponentes de ese —en palabras de Chenu—²⁷ descubrimiento de la naturaleza que realiza el siglo XII. Una naturaleza exuberante y llena de misterios, aunque susceptibles de ser explicados mediante novedades teóricas —no exclusivamente mediante interpretaciones morales o alegóricas—, que parten de textos altomedievales, pero que revelan un espíritu nuevo. Ese último camino es también el del anónimo autor del *Libro de Alexandre*, para quien escribir sobre Alejandro era, primero y ante todo, escribir sobre ciencia. La principal novedad consiste en que, para él, la ciencia era, en proporciones llamativas, la filosofía na-

27. M. D. Chenu, *La Théologie au douzième siècle*, Vrin, París, 1957, pp. 56-60.

tural, base constitutiva del *quadrivium* desde el mismo comienzo de la obra («Aprís toda la física, só mege natural»). Una orientación que, como ya he observado en otras ocasiones, aproxima nuestro texto al mundo intelectual de la tradición de Chartres.²⁸ Lo que nos llama la atención no es tan solo el dato escueto, puesto que podía encontrarse en enciclopedias como la *Semejança del mundo*. Verificada la posibilidad, nos sorprende su espíritu y la orientación intelectual que autoriza a sospechar. Incluso más importante es la orientación que los propios datos: en el caso de la medicina son parcos —proximidad a la física, cita de manuales, pero pocos conocimientos directos²⁹— y su astrología estaba ya un tanto desfasada. Pero la riqueza del planteamiento teórico supera el despliegue de conocimientos efectivos. Por ello, es interesante constatar, como parcialmente creo haber demostrado, que en esa andadura no se contentaba con los manuales al estilo del *De imagine mundi*. Y aunque no era una narración romance, probablemente, el lugar más apropiado para reproducir las discusiones científicas de su siglo, no deja de ser interesante observarlo muy próximo a opúsculos astronómicos del siglo XII. El dato espigado por entre las obras escritas o atribuidas a Honorio de Autun o recogido en alguna lectura de Beda merece una seria atención, aunque en un planteamiento más amplio y completo, claro está. En todo caso, retengamos de momento que ese escueto dato sí que nos permite —y nos lo permite por primera vez— avvicinar el anónimo romance dentro de determinadas tradiciones astronómicas y junto a alguno de los maestros de filosofía natural más renombrados de esa centuria prodigiosa.

JORGE GARCÍA LÓPEZ
Universidad de Girona

28. J. García López, «La alegoría de la Naturaleza en el *Libro de Alexandre*», *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santander, 2001, vol. I, pp. 797-807.

29. J. García López, «Aprés toda la física...», art. cit.